

Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena

“Dios omnipotente y eterno, realiza plenamente en nosotros el misterio pascual para que, renacidos por el santo bautismo, con tu ayuda demos fruto abundante y alcancemos la alegría de la vida eterna.

P.NSJ, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria

Jesús ha mostrado el amor de Dios, entregándose sin medida, hasta la muerte por ellos nos ha aferrado de verdad y nadie podrá arrebatarnos las ovejas de sus manos..... esto nos da una gran seguridad y confianza.....pero el quiere que nosotros también seamos instrumentos de la “fuerza de su amor”.....¿cómo podremos hacerlo? ¿cómo lo estamos haciendo?

Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla

Juan 14,1-12

¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!

La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?

Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje

JESÚS ES EL CAMINO. En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: –No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, si no os lo habría dicho, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y a donde yo voy, ya sabéis el camino. Tomás le dice: –Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino? Jesús le responde: –Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto. Felipe le dice: –Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le replica: –Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: «Muéstranos al Padre»? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores. Porque yo me voy al Padre (Juan 14,1-12).

NO OS QUEDÉIS SIN JESÚS Al final de la última cena, Jesús comienza a despedirse de los suyos: ya no estará mucho tiempo con ellos. Los discípulos quedan desconcertados y sobrecogidos. Aunque no les habla claramente, todos intuyen que pronto la muerte lo arrebatará de su lado. ¿Qué será de ellos sin él? Jesús los ve abatidos. Es el momento de reafirmarlos en la fe, enseñándoles a creer en Dios de manera diferente: «Que no tiemble vuestro corazón. Creed en Dios y creed también en mí». Han de seguir confiando en Dios, pero en adelante han de creer también en él, pues es el mejor camino para creer en Dios. Jesús les descubre luego un horizonte nuevo. Su muerte no ha de hacer naufragar su fe. En realidad, los deja para encaminarse hacia el misterio del Padre. Pero no los olvidará. Seguirá pensando en ellos. Les preparará un lugar en la casa del Padre y un día volverá para llevárselos consigo. ¡Por fin estarán de nuevo juntos para siempre! A los discípulos se les hace difícil creer algo tan grandioso. En su corazón se despiertan toda clase de dudas e interrogantes. También a nosotros nos sucede algo parecido: ¿no es todo esto un bello sueño? ¿No es una ilusión engañosa? ¿Quién nos puede garantizar semejante destino? Tomás, con su sentido realista de siempre, solo le hace una pregunta: ¿cómo podemos saber el camino que conduce al misterio de Dios? La respuesta de Jesús es un desafío inesperado: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». No se conoce en la historia de las religiones una afirmación tan audaz. Jesús se ofrece como el camino que podemos recorrer para entrar en el misterio de un Dios Padre. Él nos puede descubrir el secreto último de la existencia. Él nos puede comunicar la vida plena que anhela el corazón humano. Son hoy muchos los hombres y mujeres que se han quedado sin caminos hacia Dios. No son ateos. Nunca han rechazado a Dios de manera consciente. Ni ellos mismos saben si creen o no. Tal vez han dejado la Iglesia porque no han encontrado en ella un camino atractivo para buscar con gozo el misterio último de la vida que los creyentes llamamos «Dios». Al abandonar la Iglesia, algunos han abandonado al mismo tiempo a Jesús. Desde estas modestas líneas yo os quiero decir algo que bastantes intuís. Jesús es más grande que la Iglesia. No confundáis a Cristo con los cristianos. No confundáis su evangelio con nuestros sermones. Aunque lo dejéis todo, no os quedéis sin Jesús. En él encontraréis el camino, la verdad y la vida que nosotros no os hemos sabido mostrar. Jesús os puede sorprender.

SABEMOS EL CAMINO Solo habían convivido con él dos años y unos meses, pero junto a él habían aprendido a vivir con confianza. Ahora, al separarse, Jesús lo quiere dejar bien grabado en sus corazones: «No os turbéis. Creed en Dios. Creed también en mí». Es su gran deseo. Jesús comienza entonces a decirles palabras que nunca han sido pronunciadas así en la tierra por nadie: «Voy a prepararos sitio en la casa de mi Padre». La muerte no va a destruir nuestros lazos de amor. Un día estaremos de nuevo juntos. «Y adonde yo voy, ya sabéis el camino». Los discípulos le escuchan desconcertados. ¿Cómo no van a tener miedo? Si hasta Jesús, que había despertado en ellos tanta confianza, les va a ser arrebatado enseguida de manera injusta y cruel. Al final, ¿en quién podemos poner nuestra esperanza última? Tomás interviene para poner realismo: «Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?». Jesús le contesta sin dudar: «Yo soy el camino que lleva al Padre». El camino que conduce desde ahora a experimentar a Dios como Padre. Los demás no son caminos. Son evasiones que nos alejan de la verdad y de la vida. Esto es lo fundamental: seguir los pasos de Jesús hasta llegar al Padre. Felipe intuye que Jesús no está hablando de cualquier experiencia religiosa. No basta confesar a un Dios demasiado poderoso para sentir su bondad, demasiado grande y lejano para experimentar su misericordia. Lo que Jesús les quiere infundir es diferente. Por eso dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». La respuesta de Jesús es inesperada y grandiosa: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre». La vida de Jesús: su bondad, su libertad para hacer el bien, su perdón, su amor a los últimos... hacen visible y creíble al Padre. Su vida nos revela que en lo más hondo de la realidad hay un misterio último de bondad y de amor. Él lo llama «Padre». Los cristianos vivimos de estas palabras de Jesús: «No tengáis miedo, porque yo voy a prepararos un sitio en la casa de mi Padre», «Quien me ve a mí está viendo al Padre». Siempre que nos atrevemos a vivir algo de la bondad, la libertad, la compasión... que Jesús introdujo en el mundo, estamos haciendo más creíble a un Dios Padre, último fundamento de nuestra esperanza.

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO? Los cristianos de la primera y segunda generación nunca pensaron que con ellos estaba naciendo una religión. De hecho, no sabían con qué nombre designar a aquel movimiento que iba creciendo de manera insospechada. Todavía vivían impactados por el recuerdo de Jesús, al que sentían vivo en medio de ellos. Por eso, los grupos que se reunían en ciudades como Corinto o Éfeso comenzaron a llamarse «iglesias», es decir, comunidades que se van formando convocadas por una misma fe en Jesús. En otras partes, al cristianismo lo llamaban «el camino». Un escrito redactado hacia el año 80 y que se llama carta a los Hebreos dice que es un «camino nuevo y vivo» para enfrentarse a la vida. El camino «inaugurado» por Jesús y que hay que recorrer «con los ojos fijados en él». No hay duda alguna. Para estos primeros creyentes, el cristianismo no era propiamente una religión, sino una forma nueva de vivir. Lo primero para ellos no era vivir dentro de una institución religiosa, sino aprender juntos a vivir como Jesús en medio de aquel vasto imperio. Aquí estaba su fuerza. Esto era lo que podían ofrecer a todos. En este clima se entienden bien las palabras que el cuarto evangelio pone en labios de Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Este es el punto de arranque del cristianismo. Cristiano es un hombre o una mujer que en Jesús va descubriendo el camino más acertado para vivir, la verdad más segura para orientarse, el secreto más esperanzador de la vida. Este camino es muy concreto. De poco sirve sentirse conservador o declararse progresista. La opción que hemos de hacer es otra. O nos organizamos la vida a nuestra manera o aprendemos a vivir desde Jesús. Hay que elegir. Indiferencia hacia los que sufren o compasión bajo todas sus formas. Solo bienestar para mí y los míos o un mundo más humano para todos. Intolerancia y exclusión de quienes son diferentes o actitud abierta y acogedora hacia todos. Olvido de Dios o comunicación confiada en el Padre de todos. Fatalismo y resignación o esperanza última para la creación entera.

SEGUIR EL CAMINO DE JESÚS Los catecismos suelen hablar de algunas «notas» o atributos que caracterizan a la verdadera Iglesia de Cristo. Como confesamos en el credo, la Iglesia de Cristo es «una, santa, católica y apostólica». Ciertamente, no podríamos reconocerla en una Iglesia de comunidades enfrentadas, donde predominara la injusticia, se excluyera a los demás o se abandonara la fe inicial predicada por los apóstoles. Pero hay algo que es previo y no hemos de olvidar. Una Iglesia verdadera es, ante todo, una Iglesia que «se parece» a Jesús. Si no tiene algún parecido con él, en esa misma medida estamos dejando de ser su Iglesia, por mucho que sigamos repitiendo que pertenecemos a una Iglesia santa, católica y apostólica. Parecerse a Jesús significa reproducir hoy su estilo de vida y su manera de ser; encarnarnos en la vida real de la gente como se encarnaba él; despertar en el corazón de las personas confianza en Dios y, sobre todo, amar como amaba él. Lo dice Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». La manera de caminar hacia el Padre es seguir sus pasos. A la Iglesia se le nota que es de Jesús si se preocupa de los que sufren, si se arriesga a perder prestigio y seguridad por defender la causa de los últimos, si ama por encima de todo a los desvalidos. Si queremos a la Iglesia hemos de preocuparnos de que en ella y desde ella se ame a la gente como la amaba Jesús. Una Iglesia donde se quiere a las personas y se busca una vida más digna y dichosa para todos «se hace notar» hoy, porque eso es precisamente lo que más falta en el mundo: en las relaciones entre pueblos ricos y pobres, en la economía controlada por los poderosos, en la sociedad dominada por los fuertes. Por otra parte, solo así se hace la Iglesia creíble. Si no sabemos reproducir hoy el amor de Jesús, es inútil que tratemos de hacernos creíbles por otros medios. Se verá que somos como todos: incapaces de regirnos solo por el amor compasivo. No seremos «Iglesia de Jesús», pues nos faltará el rasgo que mejor lo caracterizó a él. Jesús habrá dejado de ser para nosotros «el camino, la verdad y la vida».

CREERLE A JESÚS, EL CRISTO Hay en la vida momentos de verdadera sinceridad en que surgen de nuestro interior, con lucidez y claridad desacostumbradas, las preguntas más decisivas: en definitiva, ¿en qué creo?, ¿qué es lo que espero?, ¿en quién apoyo mi existencia? Ser cristiano es, antes que nada, creerle a Cristo. Tener la suerte de habernos encontrado con él. Por encima de toda creencia, fórmula, rito o ideologización, lo verdaderamente decisivo en la experiencia cristiana es el encuentro con Jesús, el Cristo. Ir descubriendo por experiencia personal, sin que nadie nos lo tenga que decir desde fuera, toda la fuerza, la luz, la alegría, la vida que podemos ir recibiendo de Cristo. Poder decir desde la propia experiencia que Jesús es «camino, verdad y vida». En primer lugar, descubrirlo como camino. Escuchar en él la invitación a caminar, avanzar siempre, no detenernos nunca, renovarnos constantemente, ahondar en la vida, construir un mundo justo, hacer una Iglesia más evangélica. Apoyarnos en Cristo para andar día a día el camino doloroso y al mismo tiempo gozoso que va desde la desconfianza a la fe. En segundo lugar, encontrar en Cristo la verdad. Descubrir desde él a Dios en la raíz y en el término del amor que los seres humanos damos y acogemos. Darnos cuenta, por fin, que la persona

solo es humana en el amor. Descubrir que la única verdad es el amor, y descubrirlo acercándonos al ser concreto que sufre y es olvidado. En tercer lugar, encontrar en Cristo la vida. En realidad, las personas creemos a aquel que nos da vida. Por eso, ser cristiano no es admirar a un líder ni formular una confesión sobre Cristo. Es encontrarnos con un Cristo vivo y capaz de hacer nos vivir. Jesús es «camino, verdad y vida». Es otro modo de caminar por la vida. Otra manera de ver y sentir la existencia. Otra dimensión más honda. Otra lucidez y otra generosidad. Otro horizonte y otra comprensión. Otra luz. Otra energía. Otro modo de ser. Otra libertad. Otra esperanza. Otro vivir y otro morir.

J.A. Pagola, el camino abierto por Jesús, Juan; edit. PPC

6) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga

Ahora realizamos, las suplicas, acciones de gracias o peticiones que podamos agregar.....

7) ACTUAMOS: PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitario